

retirarse sabiamente al campo, donde estudia la historia natural y prepara un tratado sobre la religión; un pensador que filosofa sobre los hombres y la vida, fecundo en reflexiones y en ideas generales, moralista, y que encarga á su ejecutor testamentario que «no deje pasar en sus escritos nada que pueda parecer remotamente una ofensa á la religión y á las buenas maneras». Tales disposiciones y tal vida preparan é indican, más que un poeta, es decir, más que un vidente y un creador, un escritor, un hombre que sabe pensar y hablar, y que, por tanto, debe haber leído y aprendido mucho, poseer un espíritu tranquilo y despejado, tener la costumbre del trato culto y de los discursos sostenidos. En efecto; Cowley es un escritor, el más antiguo de todos los que en Inglaterra merecen ese nombre. La facilidad y sensatez de su prosa igualan á la tortura y desvarío de su poesía. Un «hombre bien educado», que escribe para personas bien educadas, de modo parecido á como las hablaría si estuviese con ellas en un salón; he ahí, á mi juicio, la idea que se tenía de un buen autor en nuestro siglo XVII. Es la idea que los *Ensayos* de Cowley dejan de su persona. Ese género de talento es el que van á tomar por modelo los escritores de la edad inmediata, y Cowley es el primero de esa grave y amable generación que, pasando por Temple, llega á Adisson.

II

Parece que en este punto el Renacimiento toca á su fin, y que, al modo de una planta agostada y marchi-

ta, no tiene ya más que ceder el puesto al nuevo germen que empieza á despuntar bajo sus despojos. Pero he aquí que del viejo tronco sale un vástago vivo é inesperado. En el momento en que el arte languidece, brota la ciencia; á eso conduce todo el trabajo del siglo. No son dispares los dos frutos; al contrario, proceden de la misma savia, y la diferencia de sus formas no hace más que manifestar dos momentos diferentes de la vegetación interior que los ha producido. Todo arte termina en una ciencia, y toda poesía en una filosofía. Porque la ciencia y la filosofía no hacen más que traducir en fórmulas precisas la concepción original que el arte y la poesía sensibilizan en figuras imaginarias; cuando la idea de un siglo se ha manifestado en verso por creaciones ideales, llega naturalmente á expresarse en prosa por razonamientos positivos. Lo que había impresionado á los hombres al salir de la opresión eclesiástica y del ascetismo monacal, era la idea pagana de la vida natural libremente desenvuelta; descubrieron la naturaleza enterrada detrás de la escolástica, y la expresaron en poemas y pinturas, por soberbios y espléndidos cuerpos en Italia, y por almas vehementes y apasionadas en Inglaterra, con tal adivinación de sus leyes, de sus instintos y de sus formas, que de sus cuadros y su teatro podía sacarse una teoría completa del alma y del cuerpo. Pasado el entusiasmo, principia la curiosidad. El sentimiento de la belleza deja el puesto á la necesidad de la verdad. La teoría encerrada en las obras de imaginación sale ahora á luz. Los ojos permanecen fijos en la naturaleza, no ya para admirarla, sino para comprenderla. De la pintura se pasa á la anatomía, del drama á la filosofía moral, de las grandes adivinaciones poéticas á las grandes concepciones

científicas; las unas son continuación de las otras, y en las dos resplandece el mismo espíritu: porque lo que había representado el arte y lo que va á observar la ciencia son las cosas vivas, con su estructura completa y compleja, movidas por sus fuerzas interiores sin ninguna intervención sobrenatural. Artistas y sabios, sin darse cuenta de ello, parten de la misma idea matriz, á saber: que la naturaleza subsiste por sí misma, que cada ser encierra en su seno la fuente de su acción, que las causas de los fenómenos son leyes innatas en las cosas: idea omnipotente de donde saldrá la civilización moderna, y que ahora en Inglaterra y en Italia, como en Grecia antiguamente, al lado del arte completo suscita las verdaderas ciencias: después de Vinci y de Miguel Angel, la escuela de los anatómicos, de los matemáticos y de los naturalistas, que conduce á Galileo; después de Spenser, de Ben Jonson y Shakespeare, la escuela de los pensadores que rodean á Bacon y preparan á Harvey.

Aquí no es menester ir muy lejos en busca de esa escuela: el espíritu que domina por doquiera en el interregno del cristianismo es cabalmente suyo. Lo que reina en la corte de Isabel es el paganismo, no sólo en las letras, sino en las doctrinas: un paganismo del Norte, serio, las más de las veces sombrío, pero que, como el del Mediodía, tiene por sustancia el sentimiento de las fuerzas naturales. En algunos se ha borrado todo cristianismo; varios llegan hasta el ateísmo or exceso de rebelión y de libertinaje, como Marlowe y Greene. En otros, como Shakespeare, apenas si aparece la idea de Dios; no ven en la mísera vida humana más que un sueño; para ellos la muerte es el límite del ser, ó, á lo sumo, un oscuro abismo donde se sume el hombre y cuya salida es incierta. Si

dirigen los ojos más adelanten, ven (1), no el alma espiritual recibida en un mundo más puro, sino el cadáver abandonado en la tierra húmeda ó el espectro errante alrededor del cementerio. Hablan como incrédulos ó como supersticiosos, jamás como fieles. Sus héroes tienen virtudes humanas, no virtudes religiosas; buscan apoyo contra el crimen en el honor y el amor de lo bello, no en la piedad y el temor de Dios. Si otros, como Sidney y Spenser, entrevén ese Dios, de vez en cuando, es como una vaga luz ideal, sublime fantasma platónico, que en nada se parece al Dios personal, rígido juez de los menores movimientos del corazón. Aparece en la cima de las cosas como el magnífico coronamiento del mundo; pero no pesa sobre la vida humana; la deja intacta y libre, y no hace más que inclinarla hacia lo bello. No se conoce aún la estrecha prisión en que el *cant* oficial y las creencias convencionales encerrarán después la acción y la inteligencia. Aun los creyentes, los sinceros cristianos, como Bacon y Browne, prescinden de todo rigorismo opresor, reducen el cristianismo á una especie de poesía moral, y bajo la religión dejan subsistente el naturalismo. En ese espacio tan amplio y tan abierto puede desplegarse la especulación. Con lord Herbert aparece el deísmo sistemático; con Milton y Algernon Sidney aparecerá la religión filosófica; Clarendon llegará á comparar los jardines de lord Falkland á los de la Academia. Contra el rigorismo de los puritanos, Chillingworth, Hales, Hooker, los más grandes doctores de la iglesia anglicana, conceden á la razón

(1) Shakespeare, *Tempest*, *Measure for measure*, *Hamlet*; Beaumont y Flechter, *Therry and Theodoret*, acto 4.º Véase también Webster, *passim*.

natural un amplio puesto, tan amplio que nunca, ni aun hoy, ha vuelto á adquirir vuelo semejante.

Una asombrosa irrupción de hechos—el descubrimiento de América, la reanimación de la antigüedad, la restauración de la filología, la invención de las artes, el desarrollo de las industrias, la excursión de la curiosidad humana por todo el pasado y por todo el globo—han venido á suministrar la materia y ha empezado la prosa. Sidney, Wilson, Aschan y Puttenham han buscado las reglas del estilo; Hackluy y Purchas han reunido la enciclopedia de los viajes y la descripción de todos los países; Tomás More, Holinshed, Speed, Raleigh, Stowe, Knolles, Daniel, lord Herbert, fundan la historia; Camden, Spelman, Cotton, Usher y Selden instituyen la erudición; una legión de trabajadores pacientes, de coleccionadores oscuros, de obreros literarios, acumulan, ordenan y escogen los documentos que sir Roberto Cotton y sir Tomás Lodley almacenan en sus bibliotecas, en tanto que utopistas, moralistas y pintores de costumbres, como Tomás More, José Hall, Juan Earle, Owen, Feltham, Burton, describen y juzgan los caracteres de la vida corriente, extienden sus filas, mediante Fuller, sir Tomás Browne é Isaac Walton, hasta mediados del siguiente siglo, y las engruesan aún con controversistas y políticos que, con Hooker, Taylor, Chillingworth, Algernon Sidney, Harrington, estudian la religión, la sociedad y el Estado. Amplia y confusa fermentación de donde se desprenden muchos pensamientos, pero de donde salen pocos bellos libros. La bella prosa, tal como se vió en la corte de Luis XIV, en Polión, en los gimnasios de Atenas, tal y como saben construirla los pueblos retóricos y sociables, falta por completo. Estos otros no poseen el

espíritu de análisis, que es el arte de seguir paso á paso el orden natural de las ideas, ni el talento de la conversación, que es el talento de no aburrir ni disgustar á los demás. Su imaginación es asaz poco arreglada, y sus costumbres demasiado poco corteses. Los hombres más de mundo, como Sidney, dicen rudamente lo que piensan y como lo piensan. En vez de atenuar, exageran. Se arriesgan á todo, y no omiten nada. No salen de los cumplidos extremados sino para caer en las bromas brutales. Desconocen la jovialidad medida, la burla fina, la lisonja delicada. Se complacen en los equívocos groseros, en las alusiones sucias. Toman por ingenio charadas enrevesadas é imágenes grotescas. Grandes señores y grandes damas hablan como gente mal educada, aficionada á bufones, á farsas y á peleas de osos. En otros, como Overbury ó sir Tomás Browne, la poesía se desborda en la prosa tan copiosamente, que oculta el discurso bajo una profusión de imágenes y hace olvidar las ideas por los cuadros. Recargan su estilo de comparaciones floridas, que se engendran unas á otras y se sobreponen unas á otras en tales términos, que desaparece el sentido y no se ve ya más que el adorno. En fin, las más de las veces son pedantes, envarados aún por la herrumbre de la escuela: dividen y subdividen; asientan tesis y definiciones; argumentan sólida y pesadamente; citan sus autores en latín y hasta en griego; labran períodos macizos, abruman doctamente al adversario, y de rechazo al lector. No están nunca al nivel de la prosa, sino siempre encima y debajo: encima, por su genio poético; debajo, por la pesadez de su educación y por la barbarie de sus costumbres. Pero piensan seriamente y por sí mismos; son reflexivos; están convencidos y poseídos de lo que

dicen. Hasta en los compiladores se descubre una fuerza y una lealtad de espíritu que inspiran confianza y causan satisfacción. Sus escritos se asemejan á los enérgicos grabados de los contemporáneos, á las cartas de Hofnagel, por ejemplo, tan vigorosas y tan instructivas; su concepción es penetrante y precisa; tienen el don de percibir cada objeto, no de una manera general, como los clásicos, sino en particular y singularmente. No se representan el hombre abstracto, el ciudadano ó el campesino en sí, tales y como son por doquiera, sino Jacobo ó Tomás, Smith ó Brown, de tal parroquia, en tal escritorio, con tal ademán y tal traje, distinto de todos los demás; en resumen: ven, no la *idea*, sino el *individuo*. Figuraos la revolución que tales disposiciones arman en la cabeza, el trastorno que introducen en el orden regular de las ideas; notad cómo cada objeto, con la maraña infinita de sus formas, de sus propiedades y de sus apéndices, va á adherirse á los demás por mil vínculos imprevistos, y á traer ante el espíritu una fila y una familia; ved qué relieve adquirirá el lenguaje; cómo van á surgir unas tras otras las palabras familiares, pintorescas, paradójicas; cómo van á resaltar las sorpresas, la originalidad, las desigualdades de la invención. Figuraos al mismo tiempo qué presa hace en las cosas semejante forma de espíritu, cuántos hechos concentra en cada concepción, qué cúmulo de juicios personales, de autoridades extrañas, de suposiciones, de adivinaciones, de imaginaciones, amontona sobre cada objeto, con qué fecundidad tan arrojada y creadora da á luz las verdades y las conjeturas. Hay aquí una fermentación extraordinaria de ideas y de formas, abortadas con frecuencia, con más frecuencia aún bárbaras, á veces grandiosas. Pero de esa exube-

rancia se desprende algo grande y viable: la ciencia; y no hay más que mirar de cerca una ó dos de esas obras para ver surgir la nueva criatura entre los esbozos y los desechos.

III

Dos escritores sobre todo manifiestan ese estado de espíritu. Es el primero Roberto Burton, eclesiástico y solitario de universidad, que se pasó la vida en las bibliotecas y escudriñó todas las ciencias; tan erudito como Rabelais, de una memoria pasmosa é inagotable; dotado de vena y alegre á ratos, aunque las más de las veces triston y lúgubre hasta el punto de confesar en su epitafio que la melancolía fué su vida y su muerte; pero ante todo original, y uno de los primeros modelos de ese singular temperamento inglés que, concentrando al hombre en sí mismo, desenvuelve, ora su imaginación, ora sus escrúpulos, bien sus rarezas, y hace de él, según las circunstancias, un poeta, un excéntrico, un humorista, un loco ó un puritano. Durante treinta años ha leído hasta alojar una enciclopedia en su cabeza, y ahora, para entretenerse y desahogarse, toma un *infolio* de papel blanco. Veinte versos de un poeta, doce líneas de un tratado sobre agricultura, una columna sobre los blasones, la descripción de los peces raros, un párrafo de un sermón sobre la paciencia, la indicación de los accesos de fie-

bre en la hipocondria, la historia de la partícula *que*, un trozo de metafísica, he ahí lo que ha pasado por su cerebro en un cuarto de hora: es un carnaval de ideas y de frases griegas, latinas, alemanas, francesas, italianas, filosóficas, geométricas, médicas, poéticas, astrológicas, musicales, pedagógicas, amontonadas unas sobre otras; un revoltijo enorme, una maraña prodigiosa de citas y pensamientos que se mezclan y chocan con la vivacidad y el ardor de una fiesta de locos. «Cada día oigo noticias nuevas, dice; y los rumores ordinarios de guerra, pestes, incendios, inundaciones, robos, asesinatos, matanzas, meteoros, cometas, espectros, prodigios, apariciones, poblaciones tomadas, ciudades sitiadas en Francia, en Alemania, en Turquía, en Persia, en Polonia, etc.; las levadas y preparativos diarios de guerra y otras cosas semejantes que acarrea nuestro tiempo borrascoso; batallas empeñadas, tantos hombres muertos, monomaquias, naufragios, piraterías, combates navales, paz, ligas, estratagemas y nuevas alarmas: una inmensa confusión de votos, deseos, acciones, edictos, peticiones, procesos, defensas, proclamas, quejas y agravios, llegan diariamente á nuestros oídos. Y cada día nuevos libros, folletos, historias, catálogos enteros de volúmenes de todas clases, nuevas paradojas, opiniones, cismas, herejías, controversias filosóficas, religiosas, etc. Luego vienen noticias de matrimonios, mascaradas, fiestas, jubileos, embajadas, justas y torneos, trofeos, triunfos, jaranas, juegos y representaciones teatrales. Hoy sabemos que se han creado nuevos señores y oficiales; mañana que se ha depuesto á grandes hombres; después que se han conferido honores nuevos. Al uno le ponen en libertad; al otro le encarcelan. El uno compra, el otro no puede pagar. Este hace fortu-

na; su vecino quiebra. Aquí la abundancia; allí la carestía y el hambre. El uno corre; el otro cabalga, disputa, rie, llora, etc. Así, todos los días recojo noticias semejantes, públicas y privadas.» «¿Qué mundo de libros no se ofrece sobre todos los asuntos, artes y ciencias, para el gusto y capacidad del lector? Sobre aritmética, geometría, perspectiva, óptica, astronomía, arquitectura, *sculptura*, *pictura*, de que se han escrito últimamente tantos y tan esmerados tratados; sobre la mecánica y sus misterios, sobre el arte de la guerra, de la navegación, de la equitación, de la esgrima, de la natación, de los jardines, del cultivo de los árboles; grandes volúmenes sobre la economía doméstica, la cocina, el arte de educar halcones, de cazar, de pescar, de coger pájaros, etc., con pinturas exactas de todos los juegos y ejercicios: ¿qué no hay? En música, metafísica, filosofía natural y moral, filología, política, cronología, genealogía, heráldica, etc., hay grandes volúmenes ó esos estudios de la antigüedad, etc. *Et quid subtilius arithmetice inventionibus? Quid jucundius musicis rationibus? Quid divinius astronomice? Quid rectius geometricis demonstrationibus?* ¿Qué mayor placer que leer esas famosas expediciones de Cristóbal Colón, Américo Vespucio, Marco Polo el Veneciano, Vertomannus, Aloysius Cadamustus, etc.; esos diarios exactos de los portugueses, de los holandeses, de Bartison, de Oliverio Nort, etc.; los viajes de Hakluyt, las décadas de Pedro Mártir, los relatos de Linschoten, esos Hodœporicones de Jodocus Meggen, de Brocarde el Monje, de Bredenbachius, de Sands, de J. Dublinus, etc., á Jerusalén, á Egipto y otros sitios remotos del mundo; esos agradables itinerarios de Paulus Hentzerus, de Jodocus Sincerus, de Dux Polonus, etc.; esas partes de América, esmeradamente di-

bujadas y grabadas por los hermanos Bry; ver un herbario grabado, las hierbas, los árboles, las flores, las plantas, todos los vegetales representados con los colores naturales de la vida, como el de Matthioli según Dioscórides, Delacampius, Lobel, Bauhinus, y ese último voluminoso y enorme herbario de Besler de Nuremberg, donde casi todas las plantas aparecen figuradas con su verdadero tamaño; ver las aves, los cuadrúpedos, los peces del mar, las arañas, los mosquitos, las serpientes, las moscas, etc., todas las criaturas figuradas por el mismo arte y representadas exactamente en vivos colores, con una fiel descripción de sus naturalezas, virtudes y cualidades, etc., como lo han hecho cuidadosamente Eliano, Gesner, Ulises Aldrobandus, Bellonus, Ronoletius, Hippolytus Salvianus, etc.?» No acaba: las palabras y las frases se desbordan, se acumulan, se envuelven, y corren arrollando al lector atolondrado, aturdido, medio ahogado, incapaz de hallar tierra en medio de ese diluvio. Burton es inagotable. No hay ideas que no repita bajo cincuenta formas; cuando se le acaban las suyas, derrama sobre nosotros las de los demás: los clásicos, los autores más raros, sólo conocidos de los sabios, los autores más raros aún, sólo conocidos de los eruditos, de todos toma. Bajo esas profundas cavernas de erudición y de ciencia hay una más negra y más ignorada que todas las demás, llena de autores desconocidos, de nombres revesados: Besler de Nuremberg, Adricomius, Linschoten, Brocarde, Bredenbachius. Entre todos esos monstruos antídiluvianos, erizados de terminaciones latinas, se encuentra él á sus anchas; juguetea, ríe, salta del uno al otro, los lleva de frente. Tiene las trazas del viejo Proteo, atrevido corredor, que con sus hipopótamos da la vuelta al Océano en una hora.

¿Qué asunto toma? La melancolía (1), su propio estado de espíritu, y le toma como hombre de escuela. No hay tratado de Santo Tomás más regularmente construido que el suyo. Ese torrente de erudición se distribuye en canales geoméricamente trazados que divergen en ángulos rectos sin desviarse una sola línea. A la cabeza de cada parte veis un cuadro sinóptico y analítico, con separaciones y llaves, donde cada división engendra subdivisiones, y las subdivisiones secciones, y las secciones sub-secciones: de la enfermedad en general; de la melancolía en particular; de su naturaleza, de su asiento, de sus especies, de sus causas, de sus síntomas, de su pronóstico; de la cura por medios lícitos, por medios vedados, por medios dietéticos, por medios farmacéuticos. Según el método escolástico, desciende de lo general á lo particular, y dispone cada sentimiento y cada idea en una casilla numerada. En ese molde suministrado por la Edad Media lo amontona todo, como hombre del Renacimiento; la pintura literaria de las pasiones y la descripción médica de la enajenación mental, los detalles de hospital con la sátira de las sandeces humanas, los documentos fisiológicos al lado de las confidencias personales, las recetas de boticario con los consejos morales, las observaciones sobre el amor con la historia de las evacuaciones. No se ha hecho aún la selección de las ideas: médico y poeta, literato y sabio, el hombre lo es todo á la vez; á falta de diques, las ideas se derraman como licores diferentes en la misma cuba, con fermentaciones y hervores extraños, con un olor desagradable y efectos estrambóticos.

(1) *Anatomy of melancholy*, 1621.